

CAPITULO LIV.

Un hombre generoso.



ARTOLOME Fiesco era, como hemos dicho ántes, verdaderamente adicto á Cristóbal Colon.

Nadie como él podia corresponder á los vivos deseos del almirante.

Fiesco podia tener entónces unos veintiocho años.

Dotado de una verdadera imaginacion italiana, con un corazon ávido siempre de emociones, la primera gran impresion que recibió en el mundo fué la ovacion que los genoveses tributaron á su hermano cuando llegó á su patria la noticia de que Cristóbal Colon, el humilde hijo del pueblo, habia descubierto un nuevo mundo y enriquecido con él la ya poderosa corona de España.

El triunfo del gran hombre le impresionó fuertemente, y aquel dia se dijo, imitando á Rafael:

—¡Tambien yo soy marino!

Luchando con su familia, que no queria de ningun modo que se entregase á los azares de la navegacion, desapareció un dia de Génova, sin recurso y disfrazado, para que no pudieran reconocerle; pidió al capitan de un buque portugués que le llevase á bordo, aunque fuese para desempeñar los trabajos más penosos, y su resolucion, más que sus proposiciones, incitaron al marino lusitano á darle entrada en su buque.

Bartolomé podia tener á la sazón unos diez y ocho años.

Desde entónces, hasta que se embarcó con Colon en calidad de capitan de una de las carabelas, la historia de sus desventuras bastaria á darnos asunto para otra obra.

Ello es lo cierto que entre todos sus servidores no tenia Colon uno que pudiera comprenderle mejor y estimarle más que Bartolomé Fiesco.

—Amigo mio, le dijo, sois jóven, valiente; un bello porvenir se abre en el horizonte de vuestra vida, y por lo mismo el sacrificio que voy á proponeros os parecerá inmenso; pero no nos queda otro recurso, y cuento desde luego con vuestra cooperacion.

—Haceis bien en contar con ella: tratándose de serviros, no hay sacrificio que no me parezca honroso arrostrar.

—Sabeis cuán angustiosa es nuestra situacion. Estamos á merced de unos hombres naturales enemigos de nuestra raza. . . . El miedo que nos tienen ha contenido hasta ahora sus feroces instintos; pero cuando se aperciban de que al unir nuestras carabelas y estacionarnos aquí hemos obedecido á una desastrosa necesidad; cuando observen que nuestras fuerzas son ficticias, vengarán en nosotros las calamidades que hemos arrojado sobre sus desgraciados hermanos. Nuestra situacion es, pues, angustiosa, difícil. . . . es necesario que un acto de desesperacion nos salve. . . .

—Lo comprendo, señor, contestó Fiesco, y estoy resuelto á secundar vuestros planes.

—Vos habeis oido el relato de Mendez, ¿no es cierto?

—No he perdido una sola palabra.

—Pues bien: parte de lo que ha dicho no es verdad. O cuando le ha recibido bien en la apariencia; pero para tenderle un lazo, del cual solo con el auxilio de la Providencia pudo librarse.

—¿Es posible?

—Dispuso que uno de sus pajes le asesinara, sin duda para evitar que fuera á España, que comunicase á los reyes nuestro grandioso descubrimiento, que les pidiese auxilio.

—Semejante infamia . . .

—¡Tenia por objeto un terrible plan! Mi corazon no me engaña nunca, y él me dice que su proyecto no es otro que el dejarnos aquí morir de hambre y de desesperacion para venir á enterrar nuestros despojos en el abismo y recoger la pingüe herencia de honra y provecho que podemos dejarle.

—Eso no lo debemos consentir.

—No, y por lo mismo he pensado enviaros á Santo Domingo, confiándoos allí una mision delicada, una mision indigna de vuestro carácter; pero necesaria para nuestra salvacion. Hay medios que, aunque parezcan reprobados, Dios los perdona, porque conoce la intencion que los adopta.

—Decidme cuál es vuestro proyecto, y contad conmigo para todo.

—He dispuesto que vos y Diego Mendez salgais al mismo tiempo en dos canoas, tripuladas cada una por diez indios, con direccion á Santo Domingo. Si como es de esperar llegais los dos, Mendez os dejará para buscar el medio de encaminarse á España, y vos os presentareis á Ovando.

—¿Con carta vuestra?

—Sí, llevareis una carta mia; pero desde el primer momento le hareis creer que más que por obedecerme habeis emprendido el viaje para satisfacer la ansiedad de vuestros compañeros.

—No comprendo.

—Es necesario que simuleis una traicion.

—¡Yo!

—Os repugna, lo sé; pero solo á ese precio podemos alcanzar la salvacion. Si os mostrais adicto á mi persona,

defendeis mi causa, armará el brazo de un hombre para que os asesine; pero podeis decirle: «Mis compañeros yacen enfermos, mueren sin confesion, están desesperados, y os considerarán como un salvador si acudís en su auxilio: el almirante está muy enfermo, su estado es una agonía lenta; tal vez cuando llegemos solo hallaremos su cadáver, y entónces podeis aparecer á los ojos del mundo como el descubridor y conquistador de la isla en que más oro se cria. En una carabela enviáis á Santo Domingo á los enfermos, y los sanos os acompañaremos á tomar posesion de ese rico país.» Si esto le decís, la codicia hará lo que no haria la caridad en él, aprestará tres buques, vendrá, y poco me importa que se apropie mi gloria. Si los que hoy me odian porque los tengo aquí llegan á un puerto; si mi hermano y mi hijo sobreviven, todo lo daré por bien empleado. ¡Yo creo en la justicia divina, y esto me basta!

—¡Cuán bueno sois! . . . exclamó Fiesco conmovido, arrojándose y besando con efusion la arrugada mano del marino. Disponed de mí, añadió. Tambien confio en la Providencia.

—En ese caso, ¿estais dispuesto á partir? exclamó Colon.

—Ahora mismo.

—Conviene que ántes os mostreis á la gente más decidido á abogar por su causa que por la mia. Hablad con los descontentos, manifestadles vuestras intenciones, y no dudo que tendrán más paciencia para esperar.

Fiesco obedeció al pié de la letra las indicaciones de Colon, porque comprendió, en efecto, que solo aquella táctica podria resolver de una manera favorable el problema de su terrible situacion.

Conociendo que los principales agentes de la insurreccion que se formaba en torno de Colon eran los hermanos Martin

y Diego Porras, de los que muy en breve daremos algunas noticias á nuestros lectores, habló con ellos, les manifestó su intencion de jugar el todo por el todo, y les dijo que si era necesario iba resuelto á manifestar á Ovando que todos ellos se pondrian á sus órdenes y faltarian á la obediencia que debian á Colon.

Este pensamiento respondia al que abrigaban aquellos infames, y fué aceptado por ellos con entusiasmo.

La irritacion de los rebeldes se calmó.

Durante el dia Mendez y Fiesco hicieron los preparativos para ponerse en marcha á la mañana siguiente.

Cada cual eligió diez indios entre aquellos que más confianza le inspiraban por su carácter y por su fuerza muscular.

Se trataba de un trabajo rudo; debian renovarse en los remos de media en media hora, y ayudar á sus jefes en las maniobras del timon.

Una vez elegidos los indios, se les dieron sus correspondientes raciones de pan de cazabe.

Cada uno fué provisto de una gran calabaza con agua.

Por lo que pudiera suceder, se les mandó que llevaran arcos y flechas, y Mendez y Fiesco se proveyeron de armas y municiones.

Temeroso Mendez de que los caribes, cuya credulidad habia burlado, deseando vengarse saliesen al encuentro de las canoas, indicó á Colon que mandara un fuerte destacamento por la playa, á fin de obligar á los isleños á que se refugiasen en el centro de la isla.

Bartolomé se ofreció á mandar el destacamento, proponiéndose de paso someter á aquellos indios y obligarles á que les llevasen provisiones; y aquella misma tarde salieron estas tropas, animadas por los hermanos Martín y Diego Porras,

quienes convenia, por lo que saben nuestros lectores, que Fiesco llegase sano y salvo á Santo Domingo.

Al despertar el alba se embarcaron Mendez y Fiesco.

Ademas del pan de cazabe, llevaban para su uso carne de utia y algunas otras provisiones.

Colon, apoyado en el brazo de su hijo, se asomó á la baranda de su camarote para despedir á los dos viajeros, que iban á confiar su única esperanza al proceloso mar.

Miéntas su corazon murmuraba una plegaria, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Al perder de vista las canoas pareció quedar más tranquilo.

La oracion es el más dulce de los consuelos que puede hallar el alma en sus tribulaciones.

Aquel dia lo pasó el almirante en los brazos de la esperanza.

Hasta sus enemigos, hasta aquellos hombres que vivian á su lado, y que solo deseaban su ruina, halagados por la creencia de que la traicion de Fiesco romperia las duras cadenas en que el infortunio les tenia sujetos, se mostraron con él mas amables que de costumbre.

Aquella noche durmió el gran marino con la serenidad del justo: habia olvidado por un momento que bajo su reposada cabeza ardia un volcan.

Pronto veremos los elementos que se conjuraron contra él.

Entre tanto, el adelantado con sus tropas prestaba grandes servicios á los dos navegantes.

Los caribes habian jurado vengar la muerte de sus compañeros, y en la parte de la isla en que habitaban, separados por montañas de los pacíficos indios de la Jamáica, tenian preparadas sus canoas para correr en busca del primer blanco á quien descubrieran en el mar.

La llegada del adelantado con sus tropas les hizo abandonar la playa, pero con ánimo de resistir su empuje.

A los primeros disparos de los arcabuces retrocedieron espantados.

Alejándolos á las montañas, pudieron apoderarse de sus víveres y acamparon en la playa.

Mendez y Fiesco llegaron al anochecer, y como el mar estaba alborotado, y todo hacia presagiar próximas y horrosas tormentas, decidieron aguardar, protegidos por las tropas del adelantado, á que se despejase el cielo y se serenasen las olas.

Tres dias tuvieron que permanecer en tierra.

Al fin se calmó el temporal, el mar parecia una balsa de aceite, y los dos marinos volvieron con los indios á las canoas.

Hasta entónces habian navegado por la costa: desde aquel punto tenian que salir á alta mar, porque enfrente se hallaba el puerto de Santo Domingo.

Bartolomé Colon no abandonó su puesto hasta que los perdió de vista.

No regresó, sin embargo, adonde estaba su hermano, porque se detuvo en varios lugares indios con el objeto de entablar amistosas relaciones con sus habitantes, á fin de llevar víveres á sus compañeros.

CAPITULO LV.

Presentimientos.

Las desgracias de la vida dejan de serlo cuando el hombre comprende que son grandes y heróicas pruebas á que quiere someterle la voluntad de Dios.

De otro modo no podrian explicarse esos dolores acerbos y esas terribles calamidades que afligen á las grandes almas.

Y el alma de Colon, que tanto se levantó para concebir, que tanto se sublimó para perseverar, no podia dejar de ser fuerte para arrastrar con ánimo sereno las grandes contrariedades que habian de ofrecerse á su gloriosa empresa.

Ademas, esa confianza que inspira siempre la conciencia tranquila, alentaba vigorosamente el espíritu generoso del renombrado genovés.

La confianza en Dios y en su bondad infinita son el bálsamo supremo para cicatrizar las heridas del corazon.

Y si Colon sintió abrasarse su mente con la idea de un mundo nuevo, esa idea no fué una concepcion humana, fué una idea que Dios le inspiró para que un hombre de su temple y de su fe llevase á aquellas ignoradas regiones los bienes de la religion de Cristo y los beneficios de la civilizacion.

A hombres tan privilegiados no puede abatirles la adversidad ni avasallarlos el infortunio.

Pero no eran los dolores del alma los que le afligian solamente, porque tambien su cuerpo estaba enfermo.

La situación de Colon cuando al frente de sus carabelas se encontraba en un mar desierto, entre hordas salvajes, con gente desconocida y entre amigos desleales, no puede describirse; pero la imaginación suplirá lo que á la pluma falta.

Hay, sin embargo, un dolor que se resiste á la conformidad. Ese dolor es el que se experimenta por la ingratitud.

Y á Colon, que solo era capaz de la abnegación y del desprendimiento, debía impresionarle hondamente la perfidia de las personas á quienes más distinguió con sus favores.

No hacía mucho tiempo que Mendez y Fiesco habían partido, cuando la salud de los españoles empezó á resentirse.

Y era natural.

El clima, los alimentos y las costumbres, influye en el cuerpo y en el espíritu.

Y el clima, los alimentos y las costumbres de los españoles habían cambiado radicalmente.

La atmósfera abrasadora y húmeda de aquellas regiones ejercía su funesta influencia sobre hombres que hasta entonces habían vivido en un país templado.

Y esa influencia era más terrible, porque la vivienda de los tripulantes eran dos buques despedazados.

El alimento de los indios se componía de vegetales en su mayor parte, y ese alimento no podía convenir á quienes de tan distinto modo vivían en la Península.

Las costumbres de los españoles, alegres y bulliciosas hasta que dejaron la madre patria, se convirtieron en tristes y silenciosas, porque solo la contemplación y tétricos presentimientos sojuzgaban su espíritu.

Y en tales circunstancias cuando la canoa expedicionaria no daba señales de volver, natural era que se empezase á temer por la suerte de los que la tripulaban.

La situación de los expedicionarios preocupaba á todos los que los aguardaban con febril impaciencia.

Pero les preocupaba de muy diverso modo.

En algunos produjo un abatimiento profundo.

En otros la desesperación.

Solo Colon, su hermano y su hijo eran los que arrostraban el peligro con valor y esperanza.

—Es preciso hacer sufrir á ese hombre, dijo un soldado, dándole una muerte cruel.

—Sí, le contestó otro, porque él nos hace perecer en estas regiones tan separados de nuestra patria idolatrada.

—No os entregéis á la desesperación, añadió un marinero, cuya apacible fisonomía denotaba su honradez y sus nobles sentimientos. No os impacientéis. Acordaos de aquellos momentos en que todos dudamos de su ciencia y en que le tuvimos por loco.

—Mejor hubiera sido, añadió el primero, que por loco le hubiéramos matado y.....

—Quizá hoy nos encontrásemos en España, dijo su compañero, porque....

—Ya no era posible la vuelta; recordad el estado en que se encontraban los buques y la tripulación: hubiéramos sucumbido horriblemente.

Estas palabras del honrado marinero influyeron algo en aquellos soldados, que empezaban á dar la voz de alarma con su descontento y su inquietud.

Pero esa conversación rápida era un leve murmullo que interrumpía el supulcral silencio de la nave.

Otra escena más tranquila, pero no menos triste, tenía lugar en la cámara.

Colon, reclinado sobre la mesa, fijaba su melancólica mirada en su querido hijo.

—¿Qué teneis, padre? le dijo éste. ¿Qué teneis para encontraros tan abrumado y tan pensativo?

—No debe sorprenderte mi situacion, le contestó.

Eres muy jóven, pera te has educado en la escuela de la desgracia y te has adelantado á la experiencia. Ya me conoces, ya conoces mi carácter y mis propósitos. Ya sabes con cuánta confianza propuse mis proyectos á varios soberanos de Europa. Ya sabes con cuánta resignacion suporté sus desdenes y con cuánta alegría recibí la fausta noticia de la proteccion de la reina Isabel. Tú has sido testigo de mis sufrimientos durante la navegacion. Pero te ofendo, hijo mio. Tú has sufrido como yo, y más que yo al ver mis angustias.

—Olvidad, padre mio, esos dias de tribulacion.

—¡Ah! esas tribulaciones las he arrostrado siempre porque son inherentes á las grandes empresas, pero siento desfallecer mi conformidad

—¿Por qué?

—Porque en presencia de la situacion en que nos encontramos, creo que va á malograrse mi santa empresa.

—¿En qué fundais vuestros temores?

—La canoa de Mendez y Fiesco no regresan. Nuestra gente está desesperada. Las enfermedades crecen, y no veo, ni aun vislumbro, el remedio para tantos males.

La muerte es despreciable para quien tiene fe; pero la muerte, cuando de la vida depende la salvacion de tantos de nuestros hermanos como viven en las tinieblas; la muerte, cuando en la vida estriba el éxito de una empresa santa, la muerte, cuando de la vida puede resultar un gran bien, la muerte entónces espanta y aterra.

—Sí, padre, decís bien: la vida es muy miserable, y solo es grande cuando se emplea en el bien. Pero..... yo..... siento en mi pecho la esperanza, yo no me abato, yo sonrío

ante el porvenir de las satisfacciones que habeis de disfrutar cuando ofrezcais á la corona de Castilla un nuevo mundo, cuando la lleveis grandes tesoros y cuando con ellos tengan fin los sublimes propósitos que concibió vuestra mente. ¡Ah! Yo sé que todo eso se ha de realizar; y cuando eso se realice, y cuando vuestros miserables enemigos se vean humillados, entónces sentiré un placer que compensará todos mis quebrantos.

—Habla, habla, hijo mio; tus palabras me fortalecen, y nunca más que ahora necesito fortaleza. Pero no te acuerdes de mis enemigos más que para perdonarlos. ¡Pobres hombres! No me conocen, y me envidian porque creen que solo pretendo la gloria del mundo, y consideran que mi gloria eclipsa la suya; pero si se persuaden que solo aspiro à servir á Dios sirviendo á la humanidad, entónces depondrán su encono y me amarán, hijo mio, me amarán.

—¡Ah! Vuestros consejos son siempre los mismos. Yo los seguiré siempre, y perdonaré á vuestros enemigos, no solo porque me lo decís, sino porque así lo quiere Dios.

—Tus sentimientos dan la vida á mi espíritu; pero ya que para todo tienes valor, no puedo ocultarte que mi salud se ha resentido gravemente, y que mis años laboriosos son presagio de una muerte próxima.

—No desconozco vuestra situacion, padre de mi alma; pero tampoco ignoro la santidad de vuestras ideas, ni la confianza que habeis puesto en Dios.

—Eso es lo que me ha animado siempre, y lo que me ha prestado aliento en las mayores desgracias.

—Pues esa confianza es la que debe tranquilizaros en los críticos momentos que atravesamos. No es vuestra empresa humana, ni motivos humanos os han dado fuerza para luchar contra los graves obstáculos que se le opusieron. El

Dios de la bondad os ha querido hacer servir de instrumento para sus miras inescrutables. ¿Lo dudais, padre mio?

—Nunca.

—Pues si no lo dudais, desterrad de vuestro corazon esos fatídicos presentimientos que os mortifican. Abrid vuestro pecho á la esperanza que os es más grata. Considerad que vuestra expedicion no puede ser infructuosa, porque no es la casualidad la que nos ha conducido à tan remotos países. Es la Providencia la que nos ha guiado. ¡La Providencia! ¡La Providencia! ¡Bendita sea!

Conmovido Colon por las palabras de su hijo, permanecia silencioso; pero se creia capaz de coronar con éxito brillante su arriesgada expedicion. Y ante esa esperanza se disipaban sus dolores y se sentia fuerte.

Y nunca le era más necesaria la fortaleza, porque debia prepararse para luchar con la perfidia, con la deslealtad, con la ingratitud.

CAPITULO LVI.

Lo que sucede á los que crían cuervos.



o podia sorprender á Colon el descontento de la gente.

Conocedor profundo del corazon humano, se explicaba perfectamente los móviles que habian influido en aquellos hombres para decidirse á acompañarle en tan arriesgada empresa.

Pero esos móviles no eran la mejor garantía de una conducta honrada.

El egoismo, bajo sus múltiples formas, les habia arrastrado.

El indulto de las penas que se habian impuesto á algunos; los empleos que inmediatamente se habian conferido á otros; la codicia, en fin, que les hacia ver horizontes de plata y oro para satisfacer y saciar sus pasiones, eran los grandes estímulos de semejantes expedicionarios.

La historia de los contrastes humanos no podria reunir y asociar á hombres de tan distintas ideas y sentimientos, y apartarlos de la sociedad en que vivian para alejarse de su país y colonizar playas remotas.

Colon con su grandeza.

Sus compañeros con su ruindad.

Y sin embargo, unos y otros debian prestarse recíproco auxilio.

Unos y otros se necesitaban.

Pero cuando los servicios son egoistas, no es posible la abnegacion y la paciencia.

Y esa abnegacion y esa paciencia faltaban á aquellos foragidos que tuvieron la honra de acompañar à Colon en su brillante expedicion.

Si la voz del sentimiento hubiese hablado en aquellos corazones, no hubiera podido ménos de conmoverles.

La figura de Colon en tan críticos instantes inspiraba compasion por sus padecimientos, admiracion por su ciencia, respeto por su heroismo y amor por el afecto y el interes que demostraban por sus compañeros.

Y léjos de producir esos afectos tan naturales, solo producía el encono, la envidia y las pasiones más viles y repugnantes.

Por esos afectos podia conocerse á los hombres que le acompañaban.

Así es que no debe extrañarnos su alevosa conducta.

De quien no conoce la honradez ni es capaz de comprender la caridad, solo puede esperarse el crimen y la deslealtad.

Pero si todos aquellos hombres hubieran sido gente ruda é ignorante, podria temerse la maldad; pero no su refinamiento.

Y el refinamiento de la maldad estaba reservado para las personas que habian recibido más de cerca y muy señaladamente los favores de Colon.

El tesorero real, llamado Morales, se habia relacionado con Colon desde el instante en que vió la proteccion decidida que le dispensaba la reina Isabel.

Y esa amistad, que procuró estrechar, no era tan desinteresada.

Morales tenia dos cuñados, cuyo talento y condiciones no les recomendaban para elevados cargos públicos.

Y como estaba persuadido de que la empresa de Colon era simpática á sus soberanos, y comprendia tambien que no era, como á primera vista se habia creido, una locura insignificante, consideró que podia convenir á los hermanos de su esposa dos de los mejores destinos de la expedicion.

Para este efecto procuró captarse la amistad y la benevolencia de Colon, y se los recomendó con encarecimiento.

Y el almirante complació al tesorero real, confiando á uno de sus cuñados, llamado Francisco Porras, el mando de una de las carabelas, y al otro, Diego, la escribanía y contaduría general de la escuadra.

En esos hermanos aconteció lo que por regla general acontece en todos los destinos que se adquieren por influencia, y que no se confieren al merecimiento.

Tanto el uno como el otro eran ineptos para desempeñar las funciones de sus cargos; pero en cambio les sobraba vanidad é insolencia, y desconocian las leyes de la gratitud.

El contador era astuto y desconfiado, y procuraba captarse el afecto de las personas que podian servirle en sus propósitos.

El capitan era rudo y expansivo, pero sus intenciones eran tambien siniestras.

Los dos tuvieron una conferencia, y convinieron en influir sobre la tripulacion para desautorizar á Colon y erigirse ellos en jefes de la gente que éste tenia á sus órdenes.

Diego Porras, el contador y escribano, llamó una noche al mayordomo de la nave, con quien tenia gran amistad y confianza, pues eran compañeros desde niños.

—¿Qué piensas, le dijo Diego, de nuestra situacion?

—Que es desesperada, le contestó el otro.

—Pues si así la crees, es preciso que nos secundes en nuestro proyecto.

- ¿Qué intentais?
- Es preciso que nuestra gente comprenda, como tú y como yo, el conflicto en que nos vemos.
- Me parece bien, dijo el mayordomo.
- Pues si piensas como nosotros, dime los nombres de aquellos camaradas que pueden influir más de cerca en el ánimo de los tripulantes.
- Cosa fácil. El contramaestre Rolando es amigo mio, y tambien lo son los sargentos Dominguez y Fernandez.
- ¿Son gente dispuesta?
- Para todo. Son hombres de pelo en pecho; están aburridos de la larga permanencia que llevamos en esta costa, y arden en deseos de volver á su país, pero tambien ambicionan recompensas.
- Pues sus aspiraciones podrán satisfacerse, porque son justas.
- Manda pues lo que quieras.
- Esta noche á las nueve hablaremos los cinco en la proa de la nave.